

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini, Isabel Pincemin, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin, Agustín Podestá, Ignacio Díaz, Josefina Llach.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba),
Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Editorial	3
Philippe Lefebvre Biblia y Tragedia	5
Pablo Cavallero Tragedia(s) Griega(s) y Cristianismo(s)	15
Alois M. Haas El principio de teatralidad en Hans Urs von Balthasar	23
Jan Heiner Tück Morir por otro	43
Prefiguraciones de la Pasión en la tragedia griega “Alcestitis” de Eurípides	
Ignacio Díaz - E. Graham Tragedias argentinas	55
Alberto Espezel Virus y esperanza	77
Isabel Pincemin Decisiones en contextos de incertidumbre	67
Adolfo Mazzinghi Espacio litúrgico y pandemia	83
Alberto Espezel Norberto Padilla. <i>In memoriam</i>	93

Norberto Padilla

In memoriam

—
*Alberto Espezel **

El mundo queda más inhóspito sin Norberto, nos decía con razón Juan Navarro. Era un hombre bueno, con todo lo que esto significa. Nos queda la imagen de su generosidad, disponibilidad. Plantado en la vida con su alegre sonrisa (que era filial, en sentido teológico) y una salud psicológica envidiable. Era sencillo y humilde. La negación de toda solemnidad.

Tenía su mirada abierta a la realidad, a mil temas. Con fresco interés por personas y cosas. Con gran capacidad de compartir. Con capacidad de compañía (lo recuerdo acompañándome a la empresa funeraria con Julio Ojea a elegir el cajón de mi padre, de quien había sido secretario privado en la Secretaría de Cultura).

Adoraba la historia, argentina y universal, se paseaba de los Andes del Norte al Danubio de la Habsburgo como Pedro por su casa. Sus raíces tucumanas (Padilla Gallo) cercanas, y sus primos del norte estaban siempre presentes, y le daban una cierta mansa ironía pícaro que tienen los hombres de nuestro norte. Leía *La Gaceta* con fruición, con su suplemento literario. Su voluntad de diálogo era un signo de su carácter, así como su opción por el radicalismo, que le venía de su ilustre tío Vicente Gallo. Con Madero y Durañona discutían interminablemente discursos de Pellegrini o Roca en tal o cual ocasión.

Su bondad era natural, pero no era para nada ingenuo. Tenía criterio y estimativa precisas al defender lo que veía como verdad, en largas discusiones comunitarias. Le gustaba la discusión dialogante, poner “peros” en climas más extremosos y tensos, pero con sentido de verdad.

Era muy buen amigo, alentaba, y sabía corregir fraternalmente (“¡Ojo con las preocupaciones!, Alberto, que no dejan crecer la buena semilla del reino”). Supieron acompañarse con Gloria, su mujer, de modo admirable, en un mutuo aliento fecundo que los ayudó en su recíproco crecimiento. Los hijos participaban con alegría del mundo de sus padres y del mar en Mar del Sur.

Tenía un temperamento artístico marcado. Adoraba la música, y la ópera

* Sacerdote de la diócesis de San Isidro. Doctor en Teología. Profesor de Cristología en la Facultad de Teología de la UCA, entre otros centros. Fundador de *Communio* Argentina.

en particular. Tenía una *éducation sentimentale* sellada por la ópera y sus letras, donde asociaba arias o coros a situaciones concretas de la vida. Era lírico hasta la médula. Norberto cantaba más bien en italiano, ya fuera Mozart, Puccini o Verdi, aunque le gustaba Wagner y Strauss. Pasaba horas infinitas en el Colón y conseguía siempre una entrada de último momento. Pero la música de cámara no le era ajena, como lo mostró en los ciclos del Jockey Club. Miraba la vida desde un cierto ángulo operístico, siempre con humor, desde lo que es la puesta en escena del espectáculo. Juzgaba a veces liturgias modestas de un modo que revelaban al hombre de ópera. Transmitía un permanente lirismo.

Era capaz de leer literatura con una increíble voracidad y aún rapidez. Era una esponja cultural como pocos. Gozaba de la buena arquitectura, caminando por Roma con su paso tranquilo. Tanto trajín lo llevaba a dormir en una suerte de duermevela en las reuniones, que no le impedía retomar con toda naturalidad el sentido de la conversación, para asombro de los presentes. Lleno de humor, ¡capaz de tentaciones de risa terribles en momentos no siempre oportunos, en que había que torcer la mirada para evitar la complicidad peligrosa!

Su trabajo en la Secretaría de culto fue valioso y fecundo, con su doble marco de profesor de derecho constitucional y su identidad cristiana interesada en el ecumenismo, la relación con el judaísmo y el diálogo interreligioso. Tenía sentido del país y sus instituciones.

Norberto, como muchos de nosotros, era hijo del Concilio sensato (el concilio de Lubac, Ratzinger y Mejía) y de Pablo VI. Tenía sensibilidad social y podríamos verlo como un radical-social cristiano. Tenía una fe robusta, creía en Jesús resucitado (me ponderó tres veces un artículo de diciembre último sobre la Resurrección hoy) y sufría con las llagas de la Iglesia, como diría Rosmini. Damos gracias a Dios por el don de Norberto.